

I

Era una tarde tranquila en la sabana ishankita. El sol golpeaba implacable, una suave brisa acariciaba y curvaba las hierbas altas y amarillentas. Las hienas trotaban cansinas, hasta refugiarse bajo algún gran árbol. Las serpientes culebreaman entre las piedras, sus lenguas latigueaban, sus ojos buscaban el roedor capaz de calmar su apetito. Un elefante barritó a lo lejos.

El invasor atravesaba aquel espacio vital: un animal erguido sobre las dos extremidades inferiores, alto, de lomo y hombros anchos y pecho amplio, como los del gorila selvático. Sus movimientos denotaban una potencia y una agilidad casi propias de los grandes felinos. Su rostro tenía un aire lobuno, con dos ojos de gélido azul, en agudo contraste con la piel, tan tostada y curtida como el cuero reseco. Había cicatrices en su piel, la mayoría antiguas y pálidas, pero unas pocas aún tenían costras oscuras. El cráneo estaba coronado por una corta y enmarañada cabellera. Años atrás, aquel pelo fue de un rubio intenso. Ahora se veía pajizo a causa del sol, los vientos cortantes de las montañas que había escalado y el salitre de cuantos mares había surcado.

Se trataba del animal más peligroso de la sabana, pues, además de velocidad, fuerza y voluntad de sobrevivir y prevalecer, poseía inteligencia. El depredador supremo. El hombre.

Aquella criatura, que respondía al nombre de Skarrion Gunthar, nació en Shakark, un país lejano, arisco, medio cubierto por nieve y rodeado de un mar de hielos. A lo largo de su constante vagabundeo, había hollado muchos de los rincones más peligrosos del mundo conocido y parte del que no figuraba en los mapas.

Vestía una túnica imyaria, de tela basta, cómoda a fuerza del uso, larga hasta las rodillas, sin mangas. Quizá en su origen gozase de un color claro y homogéneo, pero a causa del polvo y el sudor ahora mostraba un tono indefinible, entre el rojo y el negro. La cubría un coselete marrón, con innumerables marcas trazadas por el acero. Sobre los gruesos y nudosos brazos había dos muñequeras, formadas por bandas entrecruzadas de cuero crudo. Calzaba unas mugrientas botas, altas hasta dos dedos bajo la rodilla; eran las propias de un caminante avezado: duras, pero domadas.

Ceñía la ligera coraza un cinto negruzco. De sus engarces pendían tres vainas de diferentes tamaños: una albergaba un enorme cuchillo ishankita, apto para abrir la espesura o la cabeza de un enemigo; otra guardaba una daga razhulli, larga y curva, hecha para rebuscar entre las costillas; y la última protegía una espada abhllia, larga y ancha, casi una cimitarra, con guardas de bronce renegridas y un mango coronado por una maciza bola de hierro.

Esa arma perteneció a un rico mercader... Un día, tal hombre se topó con el rubio y corpulento viajero, en una concurrida vía de Harún-Ras, al Sur de Razhull. El orondo ricachón, sin razón alguna, se mofó del vagabundo y le cruzó el rostro con una fusta para azuzar camellos. Impávido, el extranjero observó con sus ojos glaciales a quien lo había agraviado y a su escolta de quince fornidos guardianes. Muchos de los transeúntes lo observaron con atención: aquel cabello pajizo y aquellas pupilas azuladas causaban estupor en un país donde los ojos y los cabellos eran negros o de un castaño intenso. Varios agentes del orden se le acercaron, con el puño en el sable envainado. El vagabundo sonrió y pidió disculpas al mercader, quien se carcajeó y le permitió continuar su camino. Esa misma noche, y aún con el escozor del azote en la cara, el forastero se introdujo en una lujosa mansión de la ciudad y encontró al potentado durmiendo junto a su concubina favorita. Skarrion amordazó y ató a la asustada muchacha, de modo tan silencioso que no interrumpió el sueño del amo. A éste lo despertó después, tapándole la boca con una mano. Clavó en las negras y aterrorizadas pupilas sus ojos claros y gélidos, al tiempo que le pinchaba la papada con su daga.

—Seguro que me recuerdas, ¿verdad? —preguntó en un razhulli con acento brusco, del lejano Norte—. En el Infierno no fustigarás a ningún otro vagabundo.

Hundió un palmo de acero en el cuello y cortó, abriendo la garganta de oreja a oreja. La chica gimíó bajo la mordaza, abrió mucho los ojos y se desmayó. El asesino traía un pequeño saco, que llenó con las joyas de aquel lujoso

dormitorio. También se llevó la espada que ahora, en la sabana ishankita, colgaba de su cadera. Después escapó, como un gato, de la mansión. Y huyó de la ciudad a lomos del más rápido corcel que el oro pudo conseguir...

Ahora, en la sabana, no sólo se armaba con los aceros. Su diestra empuñaba un enorme arco. Tenía ya colocada la cuerda, un nervio limpio y curtido de gacela joven, rozando su antebrazo derecho. En la zurda llevaba una manopla de suave cuero, para que el nervio no le abriera los dedos al tensarlo. El carcaj, sujeto a la espalda por un tahalí, cargado con veinte largas saetas tocadas de plumas de avestruz, estaba abierto: sabía que podría tener que hacer uso de ellas en cualquier momento. Un zurrón con yesca, pedernal, eslabón, hilo, anzuelo y otros útiles de supervivencia reposaba junto a su cadera izquierda.

Tras el incidente de Harún-Ras, Skarrion viajó hacia el Oeste hasta casi llegar a Paish. Gastó el oro en juergas bestiales, en las que no faltaron el vino ni las bailarinas de ropa y moral ligeras. También hubo de reducir en una cabeza la altura de algún amante de la riqueza ajena.

Una mañana despertó con la cabeza embotada por el licor de dátíl, tirado sobre el jergón de una posada, junto a una belleza de la que ni siquiera sabía el nombre. Buscó en su zurrón y sólo halló tres monedas de cobre. Decidió que era hora de abandonar la civilización e internarse en los salvajes territorios de Ishanki, el extenso país de llanuras, montañas y selvas, habitado por fieros hombres de piel tan oscura como el carbón.

Durante los siguientes meses viajó hacia el Sureste, dando un gran rodeo para evitar la guerra santa que sostenía Zuadar *El Magnífico* y sus Guerreros Sin Rostro contra Imyaria, Abhli, Razhull y Paish; recordaba su encuentro con aquel hombre astuto, duro y sin escrúpulos, un tigre en un mundo de lobos, hacía casi dos años. También evitó las costas del Mar del Profeta, plagadas de piratas, independientes o al servicio de Paish o Zeihn, y las bandas de esclavistas, que harían de él meros brazos para alguna galera. Cuando lo creyó oportuno, torció hacia el Oeste, internándose por fin en Ishanki.

Allá trabó contacto con los pueblos negros. Huyó de los nacu, luchó junto a los itembas y derramó sangre quianu. Estas tribus vivían del pastoreo y el cultivo del ñame y la banana. Se hacían la guerra unas a otras, por lo que un mercenario no permanecía ocioso entre ellos. Ganó amigos y enemigos, y cierta riqueza, pero deseaba seguir camino hacía el Sur, así que pronto abandonó las comunidades negras más septentrionales, no sin antes ser advertido sobre los unzas...

Era este pueblo el más belicoso de todo Ishanki; tanto, que había sojuzgado a las tribus del Centro y el Sur, creando a lo largo de los últimos siglos un poderoso imperio, el Imperio Unza.

Este imperio había sido en gran medida obra de Nombi, *El Gran Elefante*, famoso general que otrora reformó el Estado y las costumbres unzas, implantando un gobierno militar. Nombi consiguió que su tribu, una más del conglomerado ishankita, se impusiera sobre el resto. Los varones unzas eran soldados desde el nacimiento y hasta la muerte. Ya siendo niños, se les adiestraba en el manejo de la azagaya, el hacha, la maza, el cuchillo y el escudo. Los pueblos sojuzgados proporcionaban a los orgullosos unzas la caña, el ñame, la lana, el cuero y la carne. Sus conquistadores vivían sólo para la guerra y consideraban deshonoroso cualquier otro oficio. Se contaba que a veces, en el pasado, Nombi giraba sobre sí mismo, con los ojos cerrados, empuñando la lanza, hasta arrojarla de pronto, con todas sus fuerzas. La dirección que marcara su vuelo era la que sus tropas tomarían, en busca de más territorios que sojuzgar. Aquel líder no permitía sobrevivir a sus propias huestes derrotadas, así que los unzas peleaban con el doble de vigor que sus rivales. Enfrentarse a ellos equivalía a luchar contra bestias enloquecidas por el ansia de gloria y el hambre de matanza.

A pesar de todo, se rumoreaba que en los últimos tiempos el Imperio Unza parecía debilitarse y languidecer. No faltaban los comentarios que señalaban a Nabulama, el actual emperador, de ser el responsable, tachándolo de indolente y dubitativo. Sus ejércitos no se expandían, sino que permanecían estáticos en las fronteras, sin la determinación de antaño. Los pueblos vasallos se demoraban en el pago de los tributos e intrigaban en la sombra, fraguando la unión y la venganza contra sus arrogantes amos.

Skarrion había conocido varios imperios a lo largo de su azarosa vida. Sabía que, a pesar del poder y el fasto, todos caían al fin. Los hombres y sus obras, aun las más grandes y esplendorosas, eran menos que motas de polvo en su lucha contra el irresistible paso del tiempo, que todo lo desintegra, convirtiendo la realidad en brumas de leyenda y ahogando la leyenda en la negrura del olvido.

A pesar de no conocer aún a los unzas, ya los respetaba, barruntando que sus espíritus estarían hechos de un hierro parecido al empleado para forjar el suyo.

Caminaba con paso tranquilo a través de la sabana. Relajado, mas no confiado. Comprendía que a menudo el peligro aparecía allá donde menos se esperaba...

El riesgo, aún inconcreto y difuso en la mente del forastero, tomó la forma de una bestia, un león enorme que lo había seguido durante la última hora, oculto entre la maleza, la panza pegada al suelo, el hocico contra el viento.

Se trataba de un viejo macho. En su juventud había vencido a otros rivales poderosos, se convirtió en amante de hembras sinuosas y fuertes, y fue padre de sanos cachorros. Durante aquellas épocas pretéritas, su rugido cavernoso causó pavor entre las hienas, las gacelas, las cebras e incluso otros felinos. Entonces, su melena brilló bajo el sol, sus músculos, cubiertos de piel ocre, lo proyectaron veloces sobre el ciervo y el búfalo. Sus uñas abrieron la carne de muchas víctimas; sus colmillos incluso se hincaron en el cuerpo de los hombres, aquellos animales erguidos sobre dos patas a los que odiaba y temía, cuyas garras afiladas y brillantes hendieron varias veces sus costados. En el pasado, a menudo marcó con orina los límites de sus predios y ningún macho prudente trató de hollarlos. Los pocos leones que osaron desafiarlo recibieron un severo castigo y huyeron cabizbajos, con el rabo entre las patas.

Pero ahora el macho estaba viejo. Las gacelas se le escapaban y aún le dolía cada paso debido a una cornada que, semanas atrás, le había asestado un búfalo. También le escocía el lanzazo de un hombre, pues bajo el pellejo se habían alojado unas esquiras de metal; a veces se lamía la cicatriz, pero no conseguía mitigar el dolor. Comenzaba a caérsele la melena y, para su vergüenza, tenía que huir de los machos más jóvenes que invadían sus antaño inexpugnables dominios. La espesa piel ya estaba ajándose y abriéndose en grietas y pliegues. El hambre horadaba sus entrañas como un cuchillo lacerante.

A pesar de todo, todavía era fuerte y astuto. Pocos habían alcanzado su edad. Y se creía capaz de apresar a ese hombre de olor tan extraño.

El viejo león lo había seguido con cautela, las orejas gachas, muy abiertos los ojos amarillos. No asomó su cuerpo ni una sola vez por encima del pasto. Se arrastraba en silencio, con la paciencia de su especie depredadora. La enorme lengua golpeaba contra el hocico de vez en cuando para ahuyentar las moscas que buscaban la humedad de su boca. Temía las aguzadas garras metálicas de los humanos, pero siempre había sido valiente. Prefería morir cazando que vencido por el hambre.

Poco a poco acortaba distancias. Pronto surgiría del escondite y correría hacia su presa. Una gacela o un ñu tal vez serían capaces de huir, pero ningún hombre, ni siquiera el más rápido, lograría superarlo en la carrera, incluso

siendo viejo. Clavaba la mirada en las anchas espaldas de su víctima y sentía cómo la boca se le hacía agua.

Cuando lo creyó conveniente, sacó las uñas, bajó la cabeza hasta que su barbilla peluda rozó el suelo, levantó los cuartos traseros, los meneó, pegó aún más las orejas al cráneo... y embistió de frente, de forma arrolladora.

Skarrion oyó un siseo en la maleza y el suave golpeteo de unas patas bajo un cuerpo pesado. Se volvió al tiempo que sacaba una flecha del carcaj y la colocaba en el arco. Lo tensó antes de la siguiente inspiración. Descubrió una masa de color trigueño moviéndose veloz hacia él, a unos veinte pasos. En el centro de aquel pelaje, que parecía arder, distinguió dos ojos amarillos, implacables, enmarcados por un rostro bello y demoníaco. El morro de la criatura estaba arrugado, bajo los belfos aparecían dos hileras de dientes gruesos y picudos. Aquel león era enorme, casi tan grande como un caballo. De su boca brotaba un profundo rugido.

Skarrion retuvo el aire y disparó. La saeta cruzó el aire, atravesó la melena llameante e hirió al león en una oreja. El felino bufó de dolor y la sangre tiñó su faz. Meneó la enorme testa, mas no se detuvo. Sus potentes miembros continuaban impulsándolo a gran velocidad.

Skarrion colocó de inmediato otra flecha. La saeta se clavó en la boca de la bestia, atravesó con un crujido la mandíbula inferior y se le clavó en una pata. El animal rugió de forma agónica y empezó a cojear. Gruñó, emitió gritos salvajes, escalofriante, y escupió sangre. Pero siguió avanzando.

Skarrion no tenía tiempo para lanzar más flechas. Echó a correr con toda la energía de sus piernas, impulsado por el pánico, por el ansia de sobrevivir. Sabía que era inútil enfrentarse, aun armado con espada y daga, a semejante fiera, cuyos colmillos y garras lo destrozarían en pocos instantes. Quiso pensar que tal vez la pérdida de sangre y la cojera tornarían mas lento al bruto.

Pero aquel bravo león, agujoneado por el hambre y la fiebre de la caza, saltó hacia el frente y descargó un golpe con una pata delantera. Sus uñas alcanzaron la espalda de su presa, haciendo trizas el carcaj y desparramando sus flechas. Skarrion oyó una tormenta de ensordecedores rugidos y bufidos tras su nuca y percibió el insoportable aliento animal. Imprimió mayor potencia a sus piernas, y el felino, al golpear otra vez, sólo encontró aire.

Los ojos del hombre habían reparado en un árbol enorme, quizá a cien pasos de distancia, y hacia allí se dirigía, controlando su respiración, controlando su terror. Los rabiosos gruñidos tras él no menguaban. Sabía que el león no iba

a abandonar. Corrió como jamás lo había hecho en su vida. Se puso a sudar y el líquido salado se le metió en los ojos y las orejas. Notaba los primeros y dolorosos pinchazos en los pulmones. Cada inspiración era como una cuchillada. El sol le quemaba la cabeza y lo obligaba a entrecerrar los párpados. Jadeaba, casi sin resuello. La corteza negruzca se acercaba poco a poco.

Entró en la sombra del espeso ramaje, apoyó la punta de un pie en una oquedad y se impulsó con un vigoroso salto. Los dedos de la zurda hallaron una rama, que crujió bajo su peso.

Todo el tronco tembló cuando el león se aferró al árbol, con un rugido pavoroso, ensordecedor. Skarrion se aupó sobre la rama y la madera, joven, volvió a crujir. El león saltó, hundiendo furioso las garras en la corteza, haciendo saltar esquivras y virutas. Pero su peso era mayúsculo y cayó, bajo una lluvia de polvo y astillas, bufando y gruñendo con su tenebrosa voz.

La rama de Skarrion se partió, pero ya había alcanzado otra, que parecía una enorme y retorcida serpiente. Las hojas rozaban su rostro brillante de sudor. Osó mirar hacia abajo y vio que el león apartaba con una garra la rama caída. El animal se preparaba para saltar de nuevo, meneando la gigantesca grupa. Sus ojos amarillentos, hermosos y demoníacos, permanecían clavados en él. La faz vesánica estaba ennegrecida a causa de la sangre, que chorreaba en gruesos hilos desde las fauces medio cerradas y una oreja. Doblabla la pata delantera diestra, de cuya carne emergía el asta rota de la flecha.

Fue un salto magnífico, acompañado de un violento y ronco jadeo. Las garras se hundieron otra vez en el maltratado tronco y desde aquel asidero volvió a impulsarse hacia arriba, convertido en un dechado de rabia y agilidad. A Skarrion le dio un vuelco el corazón cuando su enemigo alcanzó la rama serpentina, encaramándose con las cuatro patas, hasta subir todo su corpachón. Después, comenzó a abrirse paso entre las hojas, siempre con los dorados ojos fijos en su presa, emitiendo un gruñido tenaz y amenazador, nacido en el fondo de sus entrañas.

El humano escalaba con rapidez, abriendo camino entre el ramaje con las manos y el arco. La madera crujió bajo el peso de los dos animales. La bestia avanzaba de forma cuidadosa, lamiéndose continuamente la sangre del morro.

El hombre llegó a la última rama. Pero ésta, a pesar de su grosor, empezó a resquebrajarse entre chasquidos. El león lo secundó, eligiendo con prudencia el punto donde a continuación apoyaría la pata. Skarrion apartó la vegetación y miró hacia abajo. Había una considerable caída. Quizá se rompiera un tobi-

llo, los dos, o quizá sobreviviera intacto al aterrizaje y pudiera echar a correr. En cualquier caso, antes de levantarse ya tendría la bestia sobre la espalda.

Skarrion llevó una mano a la empuñadura de su espada abhlia. No estaba dispuesto a dejarse matar con facilidad. Notó un pinchazo agudo en su codo derecho, causado por la punta de una flecha. Las garras del león habían destrozado el carcaj y provocado la pérdida de las saetas, mas no todas, pues, prendida entre jirones de tela y cuero, aún quedaba una, la última. El shakark no había abandonado el arco, se las había arreglado para escalar con él. Quizá una premonición, un instinto o la pura casualidad le habían impedido arrojarlo al suelo para así huir con más rapidez.

Se aposentó a horcadas sobre la rama, intentando guardar el equilibrio. Agarró la flecha y tiró de ella, pero el astil se había trabado entre los restos del carcaj. Soltó un juramento, y de sus labios salieron despedidas gotitas de sudor. La rama crujía como el maderamen de un barco zarandeado por la tormenta. Skarrion volvió a tirar de la flecha, furioso, y al fin logró sacarla del roto estuche, quedando las plumas de avestruz en su interior. Colocó el proyectil y, reprimiendo a duras penas el temblor, tensó la cuerda. Tomó aire y cerró un ojo, dejando que el sudor le resbalara por las pestañas y le surcara las mejillas.

La rama chascó y se sacudió. Sólo un puño de madera la unía a su madre. La vibración sorprendió a Skarrion, que, a pesar de todo, consiguió que sus dedos no soltaran la cuerda. El león se bamboleó, los ojos muy abiertos y fijos en su presa, la boca entreabierta, dispuesto a saltar sobre el enemigo. Skarrion levantó el arco, refuló flecha y cuerda, apretó los dientes y disparó.

La saeta atravesó una hoja y se hundió en el rostro del león. El follaje la había desviado, así que no penetró en el cerebro, sino en la boca. Surgió entre los tendones laterales del cuello, sin interesar la columna vertebral. El felino se revolvió y rugió de tal modo que Skarrion creyó ensordecer. Tenía ante sí un furioso caos de color trigueño.

Y a pesar de todo, la bestia saltó en una última y desesperada intentona. La rama volvió a crujir y abrirse. Skarrion se agachó tanto que su cuerpo resbaló sobre ella, quedando sujeto a la madera por la zurda. Algo pesado, caliente y húmedo se le echó encima, dando furiosos zarpazos. Las curvas uñas rasgaron el coselete desde un omóplato a la cadera. Skarrion aulló de dolor, pero no soltó la rama. El león se precipitó al vacío y su cuerpo, tras atravesar el follaje, cayó a cuatro patas en la tierra.

El shakark soltó el arco y se agarró también con la diestra. La rama continuaba crujiendo, pero se acercó a la madre y logró tocar su cuerpo rugoso. La madera cedió al fin, con un sonoro chasquido. Skarrion se abrazó al nuevo asidero mientras el antiguo caía, provocando un rumor de hojas arrasadas.

Skarrion sintió que desfallecía, pero se obligó a apoyar un pie y después el otro sobre oquedades, nudos y brotes. El descenso se volvió lento, dificultoso. El dolor de las heridas en su espalda le impedía pensar con claridad. Tras una eternidad de sufrimiento, al borde del desmayo, sus botas tocaron suelo firme.

Oyó una respiración ronca, gutural. Allá estaba el león, no muy lejos, bajo el ramaje tronchado. Skarrion se acercó a la bestia y ambos animales se miraron con fijeza. El felino le gruñó con hostilidad, mostrando las garras. Se hallaba ante las puertas de la muerte, incapaz de moverse, sobre un charco formado por su propia sangre, y no se daba por vencido.

Skarrion desenvainó la espada abhlia y la hundió en la peluda cabeza, acabando así con su agonía.

—Descansa, viejo rey —dijo contemplando a la criatura bella y poderosa, ya sin vida.

Limpio la hoja en la melena rojiza, la envainó y se reclinó en el árbol, mareado, exhausto. Oyó los gritos, podría decirse que alegres, de los buitres. Era sorprendente la rapidez con que olían la muerte. Aunque todavía lejanas, llegaban al trote un grupo de hienas. Si no se marchaba, también acabarían comiéndoselo a él.

Otra vez su voluntad se impuso al cansancio y el dolor, y consiguió erguirse sobre las temblorosas piernas. Recogió el arco. Víctima de un extraño capricho, desnudó la daga razhulli y extrajo de las fauces sanguinolentas del animal un enorme colmillo. Enfundó el arma y se echó a caminar.

Cuando estuvo lejos de los carroñeros, descansó en un claro entre la maleza. Se quitó la coraza de cuero, rasgó la parte superior de su media túnica y palpó, haciendo caso omiso del sufrimiento, los dos surcos en su espalda. El daño había resultado superficial. De no ser por el coselete, las garras hubieran cortado los músculos, afectando tal vez a las costillas y los pulmones. Sacó varias telas limpias de su zurrón, y un puñado de pasta confeccionada con hierbas medicinales, que, al ser aplicada sobre los tajos, provocaba un intenso escozor y una rápida cauterización.

Comenzaba a serenarse y recuperar energías. Tranquilo, aunque siempre alerta, utilizó un puñado de hierba para limpiar los últimos restos de sangre del

colmillo. Era un trofeo hermoso, enorme. Con una aguja de metal, utilizada en ocasiones para coserse su propio pellejo, horadó con paciencia el colmillo, hasta atravesarlo de lado a lado.

El día se desarrollaba apacible a su alrededor mientras trabajaba. La brisa le secaba el sudor, los pájaros gritaban, lejanos. A unos cien pasos, dos jirafas, una madre y su cría, descansaban a la sombra de un gran árbol. La mayor miraba a Skarrion, como preguntándose qué estaba haciendo aquel extraño animal de piel tostada y pelo pajizo.

El shakark pasó por el agujero un largo trozo de sedal y se lo ató al cuello. Ahora el colmillo reposaba bajo su garganta, en el arranque del pecho.

La jirafa adulta alzó las orejas y echó a correr, seguida por su cría.

Skarrion no se movió, pero sintió que el pulso se le aceleraba. De manera disimulada y lenta llevó la diestra hacia la espada. La coraza de cuero no estaba lejos, junto a los destrozados restos del carcaj. Maldijo en silencio por no tener más flechas. Llevó la zurda a la coronilla e hizo como si se rascara, relajando el cuerpo; pero estaba escuchando con atención. Oyó un siseo a su espalda, el susurro de un cuerpo contra la vegetación.

Rodó sobre sí mismo y agarró la coraza. Se incorporó hasta quedar en cuclillas, protegiéndose la cabeza y el pecho con ella. El venablo picó en el cuero y rebotó, pero su impacto tiró a Skarrion contra la tierra. Se levantó desenvainando la espada, brillante bajo el sol, y agarrando el coselete a modo de improvisado escudo.

Descubrió que seis hombres negros surgían de la maleza frente a él. Durante un instante, miró la lanza que le habían arrojado. Era larga, casi cuatro codos desde el extremo del astil hasta la punta. El acero tenía forma de hoja estilizada, con dos filos; cada uno poseía estrías. Al atravesar la carne, se engancharían en ella y si la víctima trataba de extraerla, desgarraría la carne.

El shakark observó a los recién llegados. No eran nacus, itembas ni quianus. Tenían una piel más clara que la de sus congéneres del Norte. También eran más altos, algunos incluso superaban a Skarrion, y esbeltos, a pesar de que sus hombros se veían gruesos y duros como piedras, y los brazos y piernas nervudos. Pura fibra. Tenían rasgos faciales agraciados, casi elegantes, pero sus expresiones eran de crueldad y orgullo. La arrogancia de los vencedores. Como única vestimenta llevaban un taparrabos compuesto de un cordel de cáñamo que rodeaba la cintura, al que habían atado tiras gruesas de lana ovina y colas de buey, que cubrían la entrepierna y las nalgas. Hebras vegetales y penachos

de piel les rodeaban las rodillas, tapando las pantorrillas y los gemelos. Lucían aros de cuero curtido o pelaje felino alrededor del cráneo. Sus armas eran lanzas, como la que le habían arrojado, y cuchillos. No mostraban pinturas ni tocados de guerra, ni portaban escudos. Skarrion supuso que eran una expedición de caza.

Tres hombres más surgieron de entre los matorrales, a su espalda. Empuñaban venablos, listos para arrojarlos en cualquier momento. El shakark se maldijo por necio. Lo habían rodeado.

Un cazador se distinguía de los otros. Parecía más maduro. Su taparrabos estaba compuesto de tiras de piel de leopardo, al igual que el aro que le rodeaba el cabello corto y rizado. Lo mismo que sus compañeros, mostraba la faz rasurada, a excepción de una fina perilla. Sus piernas eran magníficas, rebosantes de músculo aunque sin llegar a parecer grotescas. Le faltaban tres dedos de la mano izquierda. Tenía cicatrices en el torso y los brazos, quizá producto no sólo de garras o colmillos, sino también del acero. Un sencillo tahalí de cuero pasaba de un hombro a la cadera contraria, y de él colgaba una maza de combate, de astil largo y bola metálica, grande como dos puños.

Skarrion supuso que era un guerrero veterano, el líder del grupo. Se dirigió a él.

—Vengo en son de paz —saludó—. Soy un extranjero en estas tierras. No busco pelea, sólo estoy de paso. Pero no me dais miedo. Si me volvéis a atacar, asesinaré a cuantos pueda antes de morir.

Había usado la lengua común a todos los pueblos ishankitas. Aunque cada uno empleara un dialecto propio, comprendían la lengua que Anuar, El Espíritu Supremo, dictara a los hombres en el Principio de los Tiempos. Para los ishankitas sólo había hombres auténticos en su país de extensas llanuras, montañas y selvas. Allende los países negros, sólo había «perros con forma humana».

Uno de los jóvenes dijo algo al veterano en un dialecto que Skarrion desconocía. El tono, así como los aspavientos que hacía con su lanza, indicaban agresividad. No resultaba difícil entender que deseaba matar al extranjero. Y los otros muchachos parecían estar de acuerdo. Skarrion intervino.

—¡Óyeme, guerrero! —Hablaba al que vestía pieles de leopardo, sin dignarse a mirar a su acusador—. Tu cachorro tiene bríos. Déjalo luchar contra mí, en combate justo. Si lo venzo, me marcharé en paz. Si gana él, cosa que dudo, pues parece haber abandonado hace poco el pecho de su madre, podrá adornar su choza con mi cabeza.

El mozo desorbitó los ojos, furioso.

–¡Permíteme luchar, Zuani, *Siete Dedos!* –imploró, esta vez utilizando el ishankita común–. ¡Degollaré a ese perro de piel clara!

Siete Dedos sonreía observando a Skarrion. Con una mano calmó a su ardiente pupilo.

–Eres astuto, *Colmillo de León* –contestó en el lenguaje que el shakark conocía–. Pretendes enardecer a mis chicos y arrancarme la promesa de permitirte ir si los vences. Te vi matar al viejo león y sé que acabarías con cualquiera de mis cachorros.

Los jóvenes enrojecieron de ira, vergüenza y dolor.

–Pelea conmigo –desafió Skarrion, apuntándolo con la espada–, y que los jóvenes me dejen marchar si gano.

–No. Te llevaré ante el emperador y él decidirá. Es raro encontrar a un hombre con el cabello del color del trigo y los ojos azules. Si no tiras las armas, te arrojaremos las lanzas a las piernas antes de que puedas dar un paso. –Se encogió de hombros y sonrió–. Decide si quieres caminar o prefieres que te arrasremos como a un lisiado.

Skarrion permaneció quieto durante varios latidos, contemplando la sonrisa del veterano y la rabia en los rostros de sus cazadores. Obedeció. Pero mantuvo alta la barbilla y cruzó los brazos sobre el pecho, pues si había algo que los ishankitas despreciaban, era el temor.

–Mira mis cicatrices, *Siete Dedos* –dijo dirigiéndose al líder–, mira mis músculos y mira mis ojos. No soy ganadero ni campesino ni comerciante. Soy un matador de hombres. Si tu señor me proporciona una batalla, saldrá ganando con mis servicios.

–Haces que una rendición parezca una deferencia hacia mi amo –repuso *Siete Dedos*–. Eres listo. Ya veremos lo que decide el emperador. –La sonrisa desapareció–. Pero te advierto que los unzas libramos nosotros mismos nuestras guerras, no necesitamos ayuda de ningún perro extranjero.

Skarrion se envaró, mas logró relajarse. Y también sonrió, apretando las mandíbulas.

Siete Dedos se volvió hacia los suyos y les gritó órdenes en el dialecto unza. Un muchacho se hizo cargo de las armas y utillaje de Skarrion, conservando el forastero su vendaje de la espalda, el cinto, la desastrada túnica, las botas, las muñequeras de cuero y el colmillo de león.

Por gestos lo instaron a caminar y se dispusieron en forma de rombo, cuyo

centro era él: a su izquierda había un hombre, a su derecha otro, tras él dos más y, en la delantera, estaban *Siete Dedos* y otro cazador. Todos, salvo el líder, tenían las lanzas dispuestas para ser arrojadas sobre el prisionero a la menor señal de huida.

Uno del dúo trasero, un muchacho enorme y musculoso, tiraba de una parihuela hecha con esteras y ramas que contenía un leopardo muerto y la cabeza de un ñu. Trofeos de caza. Cuando el acarreador se cansaba, le relevaba su compañero.

Cien pasos por delante del grupo apareció un explorador, y cien pasos por detrás, otro se ocupaba de vigilar la retaguardia.

Skarrion no intentó escapar. Aquellos jóvenes estaban ansiosos de coserlo a lanzazos. Sólo *Siete Dedos* parecía no odiarlo. Pero sin duda era el más peligroso. Ninguno le dirigió la palabra, así que andaba sereno y altivo, sin mirarlos de modo directo, pero escrutándolos.

Al cabo de varias horas comenzaron a ver las primeras aldeas, formadas por chozas tubulares, cubiertas con un tejado cónico. Estaban construidas con bloques de barro secos, y algunas también con grandes piedras, unidas por alguna suerte de cemento. Eran, por tanto, mucho más fuertes que las de las otras tribus ishankitas, hechas de hierba apelmazada y troncos. Todas las aldeas estaban rodeadas por muros gruesos y de aspecto rocoso. Algunas, incluso, poseían una doble barrera concéntrica. En caso de ataques con proyectiles incendiarios, el fuego sería más fácil de sofocar sobre la roca o el barro seco que sobre la paja y la madera. Además, si un ejército enemigo lograra penetrar los muros exteriores, cada clan o familia podría encerrarse en sus inexpugnables hogares y hacerse fuertes.

Alrededor había campos de labranza extensos y ordenados. En ellos abundaba el ñame. Los aldeanos también poseían rebaños de ovejas y vacas.

Pero Skarrion, que comenzaba a diferenciar la fisonomía de cada pueblo negro, notó que ningún pastor o agricultor era unza. Tales tareas eran realizadas por esclavos itembas, quianus o por miembros de tribus que Skarrion desconocía. Estos trabajadores se distinguían de sus amos por lo más oscuro –casi azulado– de su piel, y los rasgos algo más toscos, en claro contraste con los unzas, de facciones más estilizadas, incluso elegantes. Autoritarias mujeres unzas dirigían a los sirvientes, fustigándolos con rabos de búfalo, gritándoles órdenes sin cesar. A Skarrion no le atraían demasiado las mujeres de raza negra, pero le sorprendió la belleza de éstas, con sus narices rectas, muy poco achatadas en la

punta, sus labios finos y sensuales, y sus ojos rasgados. Reconoció en su fuero interno que también sus jóvenes custodios eran muchachos hermosos, de rasgos aristocráticos, ojos almendrados y labios no muy gruesos.

Cerca de cada poblado había compañías de soldados ejercitándose al ritmo que marcaban los gritos de sus superiores. Skarrion distinguió dos tipos de luchador.

Unos llevaban taparrabos hechos con piel de leopardo. Sus ejercicios consistían sobre todo en carreras, quiebros, rodeos y ataques por la retaguardia a los enemigos. Se concentraban en la rapidez y la agilidad de sus movimientos, en solitario o en grupo. *Siete Dedos* debía de pertenecer a ese cuerpo a juzgar por su taparrabos. Skarrion dedujo cómo habría fortalecido sus poderosas piernas.

El segundo tipo de soldado presentaba un cuerpo más corpulento y musculoso: tanto que su aspecto infundía un serio respeto. Vestían taparrabos de piel de toro o búfalo. Sus movimientos destacaban más contundencia y menos velocidad. Skarrion pensó que debían de ser los encargados de chocar contra el enemigo y arrollarlo. Se apiñaban en cuadros compactos, inexpugnables, capaces de pasar por encima de cualquier vanguardia.

Todos, Leopardos o Toros, portaban escudos enormes, hechos con cuero endurecido y piel de vaca. Tenían forma ojival, tan grandes que podrían cubrir por entero a su dueño cuando se agachara. Dos bandas de rectángulos ornamentales los cruzaban de un extremo a otro. Sus colores indicarían, quizá, el cuerpo, unidad o agrupación a la que el soldado pertenecía.

Los Leopardos empuñaban azagayas, con una hoja ancha que ocupaba casi la mitad del arma. Permitían un manejo rápido, fulgurante. Los guerreros no sólo pinchaban con ellas, sino que golpeaban con el filo. La parte interna de los escudos guardaba una o dos más de repuesto, o cuchillos largos, sin duda arrojadizos.

Los Toros usaban lanzas más pesadas, y mazas y hachas temibles, armamento destinado a romper la formación enemiga en un choque frontal.

Skarrion intuyó que la tarea de los Leopardos consistiría en hostigar al rival, golpear duro y huir, tal vez atrayéndolo hacia el lugar donde esperaban los Toros, dispuestos a aplastar al rival incauto. También podía ser que los Leopardos, mientras los Toros derrumbaban la vanguardia, rodearan al enemigo y lo atacaran por los flancos y la retaguardia. Tanto unos como otros parecían peligrosos. Combinados de manera inteligente, su efecto sería devastador.

Allá por donde el cautivo y sus guardianes pasaban se les unían los curiosos. Los niños y las viejas increpaban a Skarrion, las mujeres lo observaban con curiosidad; los hombres maduros, con cierto respeto; los jóvenes, con odio.

Siete Dedos no permitió que nadie lo tocara o lanzase una sola piedra. Parecía un individuo poderoso y querido en la comunidad, pues todos, incluso los muchachos y los viejos, lo trataban con deferencia y acataban sus órdenes sin chistar. De vez en cuando, se le acercaba algún guerrero veterano y charlaban de forma amigable. Skarrion sospechó que su captor no ocupaba un rango inferior dentro de la jerarquía militar o política unza.

Al fin, cuando el sol comenzaba a ponerse, descubrieron una enorme urbe. Debía de tratarse de la capital del Imperio Unza.

Se hallaba en la cúspide de una seca y dura montaña, y estaba protegida por siete murallas concéntricas, la primera al pie de la elevación, la última en su cumbre. Cada una parecía inexpugnable, quizá más que su precedente. Tenían múltiples aspilleras, desde las cuales los defensores podrían arrojar sus lanzas y cuchillos sobre cualquier ejército de invasores.

Por encima de la última protección, aparecía una gran cúpula de tono blancuzco. Skarrion pensó que debía de ser el palacio imperial. Aquella construcción brillaba con un fulgor suave bajo el sol escarlata. Al extranjero se le cortó el aliento: lo que en un principio pensó que era piedra o madera pulimentada se trataba en realidad de marfil. Concentró la mirada y descubrió que la cúpula estaba cubierta por cientos de colmillos de elefante, dispuestos como si fuesen las tejas de una vastísima choza.

Abajo, se alzaban pequeños barracones cuadrangulares. De tales edificios surgían soldados, solitarios o formados en secciones, todos portando escudos y azagayas.

No se trataba de Leopardos o Toros, pues vestían taparrabos confeccionados con piel de león. Se habían dejado crecer la melena de manera caótica. Esas greñas les prestaban un aspecto bárbaro, salvaje. Se entrenaban en el manejo del escudo, la lanza corta y un largo y ancho cuchillo no apto para ser arrojado dada su pesadez. Sus movimientos eran potentes y fulminantes. Rugían. Causaron espanto y admiración incluso en Skarrion, que había contemplado muchos y muy diferentes ejércitos de latitudes más norteñas. Supuso que aquel cuerpo, los Leones, cercano a la capital del imperio, aunaba la velocidad de los Leopardos y la solidez de los Toros, lo que permitía una forma de lucha muy ágil y vigorosa, capaz de decantar la batalla cuando se presentara incierta.

Captore y cautivo llegaron hasta la primera muralla, seguidos por una muchedumbre de curiosos. Un oficial de los Leones, algo bajo para la media unza y de musculatura prodigiosa, saludó a *Siete Dedos*. Conversaron, sin que Skarrion pudiera entender sus palabras. Sí interpretó las miradas que el León le echaba. En aquel país los extranjeros no eran bien recibidos.

El oficial León gritó unas órdenes a los centinelas del parapeto de la cumbre de la muralla, quienes a su vez las transmitieron a otros compañeros más lejanos. Al poco, los dos enormes batientes de hierro se abrieron. Después de que *Siete Dedos* y el oficial León se despidieran de manera cordial, Skarrion y sus custodios entraron en el nuevo sector. Los soldados no permitieron que la muchedumbre los acompañara.

Dentro, no parecían haber cambiado mucho las cosas; decenas de guerreros lo contemplaban con rostros ceñudos. Había más barracones y el terreno comenzaba a volverse ascendente y escabroso.

Recorriendo un camino empedrado, que zigzagueaba entre taludes rocosos, subieron la empinada ladera, cruzando una tras otra sus fuertes murallas. La elevación estaba salpicada de peñascos enormes, y en cada uno había un centinela armado con lanza y escudo. Clavadas en las grietas de la roca, había hornos y teas que alumbraban el recorrido, pues las sombras iban alargándose y espesándose, y la luna comenzaba a mostrar su blanco rostro. De vez en cuando, Skarrion miraba hacia arriba y pensaba que el ejército enemigo capaz de sobrepasar las barreras inferiores recibiría un alud de piedras arrojadas desde las alturas.

Cuando ya el cielo era un manto negro sobre el que brillaban las estrellas y una luna en cuarto creciente, alcanzaron la última muralla. *Siete Dedos* clamó una orden y los batientes, de hierro negro y pesado, adornado con inmensas tachas, se abrieron con lentitud.

Skarrion vio un gran patio de baldosas cuadradas, de un color pálido, iluminado por antorchas sobre altos soportes metálicos. Había guerreros Leones desperdigados en él que abandonaron sus conversaciones para observarlo con curiosidad y cierto desprecio. Una ligera brisa hacía oscilar las llamas de las teas y mecía las greñas de los soldados.

Pasada la planicie, comenzaba el maremagno de casas y chozas de piedra y barro. Este conglomerado ascendía, ordenado en diferentes estratos, hasta el inmenso palacio imperial y su cúpula marfileña. Por encima de ella, sólo había negrura y estrellas.

Siete Dedos clavó sus ojos en los de Skarrion y posó la punta de la azagaya en el pecho del cautivo.

—Ahora estás en Mancumi, la capital del Imperio Unza —advirtió el Leopardo en ishankita común—. No lo olvides.

Skarrion siguió en silencio.

Con un movimiento del arma, *Siete Dedos* le ordenó caminar. Recorrieron calles, plazas y avenidas, siempre observados por los curiosos que se asomaban por las ventanas y las puertas. Al fin, llegaron a las inmediaciones del palacio imperial.

Era una construcción sencilla pero de dimensiones titánicas; era en realidad un gran tubo hecho con bloques de piedra blanca, rodeado por una ancha arca-da, resplandeciente a causa de sus columnas de oro macizo. El inmenso soportal estaba rodeado por una escalinata de cincuenta escalones de granito. Pero, sin duda, lo más sobresaliente era aquella enorme cúpula. En torno al palacio se extendía un vasto patio hecho con pulidas baldosas de piedra pintadas de blanco.

Sobre ellas, y unos veinticinco pasos frente a los recién llegados, como si fuera el guardián supremo de la construcción, surgía una estatua imponente, maciza, de hierro negro, que brillaba a la luz de las estrellas y las antorchas. Representaba a un guerrero unza gigantesco, musculoso pero esbelto. Llevaba abrazado el escudo y alzaba triunfal una maza enorme, de cabeza esférica. Sus plantas desnudas pisaban un racimo de guerreros muertos, sin duda los enemigos de la patria unza. Ocho hombres formando una torre, pie sobre hombro, no sobrepasarían la cabeza de la efigie.

Los ojos de *Siete Dedos* chispeaban de orgullo mientras la miraba.

—Estás contemplando a Nombi, *El Gran Elefante* —explicó a Skarrion—. El fundador de nuestro imperio. Al principio fue un caudillo más, uno de los miles que pululaban por todo Ishanki. Pero era un genio, diseñó una nueva estrategia de combate: dividir a los soldados en tres grupos: rápidos, sólidos y explosivos... Leopardos, Toros y Leones.

»Mientras que nuestros enemigos se lanzaban como locos al combate, los unzas los atraíamos, los rodeábamos y los aplastábamos. Entre batalla y batalla, ellos vagaban y se emborrachaban. Por contra, Nombi obligaba a sus hombres a adiestrarse bajo el sol, hasta verles caer desfallecidos con la venida de la noche, día tras día, sin descanso...

»Pero cuando llegaba la hora de la verdad, nuestras tropas hacían pedazos a las rivales.

Siete Dedos se volvió y escudriñó en el rostro impasible de Skarrion, quien seguía observando la estatua. El unza soltó una risilla entre dientes.

–Implantó un Estado guerrero: todo unza varón es soldado desde el nacimiento a la muerte. Y toda mujer unza debe dar hijos sanos y educarlos en la dureza y la disciplina, para plantar la semilla que los convertirá en hombres fuertes y valerosos. Otros pueblos hacen la guerra para conseguir nuevos territorios y después abrazan la paz...

Apretó la mandíbula, dibujando una expresión terca y agresiva.

–¡Ésta es nuestra respuesta a la paz! –Escupió y pisoteó el esputo con los pies desnudos, con saña, hasta borrarlo de la piedra blanca. Al mirar hacia Skarrion, tenía los ojos entrecerrados y una sonrisa malévola–. Para un unza sólo existe la guerra. Nace para la guerra, vive para la guerra y muere en la guerra. –Abrió los brazos, como abarcando cuanto había a su alrededor–. Por eso nuestro imperio ocupa más de la mitad de Ishanki, nuestros enemigos huyen cuando nos acercamos a sus poblados, y los vasallos se apresuran a pagar los tributos que exige el recaudador imperial.

»Y todo eso... –levantó la mirada hacia el héroe de negro hierro–... se lo debemos a Nombi, *El Gran Elefante*.

Se volvió hacia Skarrion otra vez, estudiándolo con sus ojos duros y astutos.

–¿Qué piensas de cuanto te he dicho, extranjero?

El shakark le sostuvo la mirada.

–He recorrido medio mundo y he vivido más que la mayoría de los hombres. Sólo soy un vagabundo, pero una cosa sí sé: es mejor una existencia intensa y corta que vivir como un perro civilizado. Así que tu Nombi no me desagrada.

Siete Dedos asintió, complacido.

–Pero también te digo esto –continuó el shakark, con una sonrisa helada–: si algún unza me ataca, sea soldado o emperador, más le valdrá que me hayan atado con fuerza, o te juro por mis ancestros que se reunirá muy pronto con ése de ahí.

Señaló la estatua.

Siete Dedos quedó inmóvil, como si lo hubieran abofeteado. También los custodios se envararon, apretando sus lanzas.

De pronto, el Leopardo pareció relajarse. Soltó una carcajada.

–Eres un valiente o estás loco, *Colmillo de León*.

Skarrion se limitó a continuar sonriendo.

Siete Dedos, de mejor humor, hizo un nuevo gesto imperativo con la azagaya, y echaron a andar otra vez.